



1

UNA CÁLIDA BIENVENIDA

CHARLOTTE

El volante vibra bajo mis manos mientras avanzo por la carretera polvorienta que se pierde entre colinas y montañas. Wyoming no es Nueva York, no es París, y definitivamente no es mi mundo. Aquí, el cielo es de un azul intenso, y el aire huele a tierra seca y madera, con un toque de heno recién empacado. Mis tacones pisan torpemente los pedales del coche de alquiler, y mi bolso de diseño, colocado en el asiento del copiloto, parece burlarse de mí, pesado y elegante.

Pienso en mi infancia mientras conduzco. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía seis años. Me quedé con mi madre, con las promesas rotas de mi padre y las noches largas en las que aprendí a no esperar demasiado, en el salón de casa, con una manta sobre los hombros mientras una película de navidad resonaba de fondo. Aunque seguí yendo al rancho con él todos los veranos hasta que cumplí doce años, siempre había aguardado la esperanza de que volviera, de que se arrepintiera del divorcio y regresara con nosotras.

Pero eso no había sucedido.

El abandono, el vacío siguen siendo mi sombra. Siempre he llevado conmigo ese resquemor, esa necesidad de control, de que nada pueda sorprenderme o dejarme desarmada, de tener siempre un plan B que me pueda salvar. Odio las sorpresas e intento mantenerme alejada de los hombres.

No traen nada bueno.

Son mentirosos y oportunistas y te chupan la energía hasta dejarte seca. Te utilizan para luego darte la patada y desaparecer como si no te conocieran. Y por ese motivo me mantengo alejada de ellos. Lo máximo posible.

Eso incluye a mi padre.

O lo incluía...

Recuerdo los veranos en el rancho, antes de que se rompiera la relación con mi padre por completo: un sol dorado que tostaba la piel, pasto bajo los pies, caballos que olían a libertad y a tierra mojada... Él, joven, guapo y sonriente, prometiendo que siempre me esperaría para el siguiente verano.

Pero sus promesas se disolvieron como polvo en el viento.

Se enamoró de otra mujer, una rubia de sonrisa fácil que prometía aventuras y emociones extremas, lejos de la seriedad y la calidez del hogar que había tenido con mi madre.

Sin embargo, el karma llamó demasiado pronto a su puerta. Esa mujer lo dejó años después para irse con otro hombre con mucho más dinero, pero, para entonces, el daño en mi relación con él, que me había dejado en segundo plano, ya estaba hecho.

Ahora conduzco hacia ese lugar, un lugar que ni siquiera recuerdo, hacia tierras que fueron suyas y que ahora me pertenecen.

No estoy lista para esto. Y, sin embargo, estoy aquí.

Después de ocho horas de avión, más o menos, debería haberme preparado para este corto trayecto en coche hasta Buffalo. Pero estoy nerviosa. Siento... peligro. Siento ganas de huir. Quiero regresar con mi madre, a la ciudad, donde nada me sorprende, donde me conozco cada pequeño detalle de mi rutina.

Cojo aire y lo dejo escapar.

La carretera se vuelve más estrecha, los árboles más dispersos, hasta que los pastizales se abren a un horizonte que quita la respiración. Buffalo me recibe con su silencio, con su inmensidad que no entiende de riqueza, de tacones, de bolsos caros ni de horarios de oficina. Me siento pequeña, ridícula incluso, pero también extrañamente viva.

El coche cruje sobre la grava mientras una ráfaga de viento levanta polvo a los lados del camino. Intento ignorar la sensación de que soy una intrusa, de que no debería de estar aquí. Pero ¿qué voy a hacer si no? Mi padre ha fallecido y me ha dejado sus tierras. Tierras que no quiero para nada y que pienso vender en cuanto pueda.

Miro por la ventana y veo caballos pastando a lo lejos, figuras oscuras contra la luz de la mañana. Me pregunto si seré capaz de comprender este mundo, tan distinto al que conozco. Ese mundo que un día pareció gustarme pero que, hoy en día, no quiero. Los trabajadores del rancho, los vaqueros, el sudor mezclado con polvo y sol: todo parece formar parte de un lenguaje y una cultura que yo nunca aprendí. Y, sin embargo, aquí estoy.

Recuerdo la última vez que vi a mi padre. No hubo abrazos ni despedidas largas. Solo su voz, con un tono extraño, casi tembloroso, diciéndome que nos veríamos el siguiente verano. Yo había asentido mientras mi corazón se partía un poco más, todavía con el anhelo de que pudiéramos volver a ser una familia los tres: mi madre, él y yo...

Giro en una curva, y finalmente lo veo. No el rancho, todavía no, sino una silueta que parece moverse con facilidad entre la tierra seca y el pasto alto. Alto, fuerte, sombrero inclinado, botas cubiertas de polvo. Sus movimientos son seguros y naturales. Su presencia, imponente.

Mi corazón da un brinco inesperado. No lo conozco, no sé su nombre, y, sin embargo, hay algo en la forma en que se detiene y me observa que me hace sentir que este lugar no va a ser fácil. Que no va a ser fácil para mí.

Que no soy bienvenida.

El rancho se extiende detrás de él en un mosaico de establos, cercas de madera y praderas interminables. La casa de mi padre aparece al fondo, imponente, solitaria, con la misma fachada de piedra que me recuerda a los veranos que pasé allí. Siento un escalofrío. Este lugar es hermoso, sí, pero también inhóspito, exigente. Y yo, Charlotte Thompson, acostumbrada a ascensores de mármol y desayunos en vajilla de porcelana, voy a tener que pasar las tres próximas semanas aquí.

Como mínimo.

El hombre levanta la vista hacia mí de nuevo. Sus ojos, oscuros y penetrantes, no muestran sorpresa ni curiosidad: muestran desconfianza, como si temiera que fuese capaz de destruir el rancho y todo lo que mi padre construyó cuando estuvo vivo. Hay un destello de desafío en su mirada, y algo en mi pecho se tensa. No lo conozco y ya me molesta. Me irrita.

Y, sin embargo, no puedo dejar de mirarlo.

Inspiro hondo, aprieto el volante y me digo que todo esto es temporal. Que llegaré, revisaré lo que tenga que revisar, me haré cargo de la propiedad de mi padre y me iré. Eso es todo. No habrá lágrimas, no habrá drama, no habrá debilidad. Solo negocios.

Pero mientras el viento revuelve su cabello oscuro, el que queda fuera de su sombrero, y la luz de la tarde lo ilumina de forma casi teatral, tengo que admitir algo que no quiero admitir: este lugar tiene algo.

Algo que ni Nueva York, ni París ni ninguna otra ciudad tiene.

El camino se ensancha justo antes de alcanzar la entrada principal del rancho, y el crujido de la grava bajo las ruedas se vuelve más áspero, más ruidoso, casi como si anunciara mi llegada. No he puesto ni un pie fuera y ya siento que todo el mundo sabe que estoy aquí. Bajo la velocidad y tomo aire de nuevo, intentando no mirar otra vez al hombre, que sigue allí, apoyado en la cerca de madera, observándome como si yo fuera una especie de tormenta anunciada en el parte meteorológico que estuviese a punto de poner su mundo patas arriba.

Aparco justo delante de lo que parece el área principal del rancho, donde varios establos y cobertizos se agrupan como un pequeño pueblo en miniatura. Apago el motor. El silencio que queda después del ruido es ensordecedor. El viento sopla otra vez, y el polvo vuelve a levantarse a mi alrededor, como si este lugar intentara hacerme desaparecer nada más llegar.

Perfecto.

Cojo mi bolso del asiento y lo abrazo contra mí. Es un gesto instintivo que me da seguridad. Una forma de aferrarme a algo que me resulta familiar. Algo que no sea tierra, madera envejecida o vaqueros mirándome como si hubiera caído de otro planeta.

Abro la puerta y el golpe seco del aire frío me recibe de lleno. Mis tacones se hunden un poco en la grava y mi primer paso es torpe; no porque no sepa caminar con tacones, sino porque siento decenas de ojos sobre mí. O quizá no son tantos, pero sí los suficientes como para incomodarme.

Hay al menos media docena de hombres desperdigados por el área de trabajo del rancho: unos cargan balas de heno, otros ajustan cuerdas, dos más revisan un vehículo todoterreno, otros llevan caballos de un lado a otro...

Todos llevan sombreros, camisas de cuadros, vaqueros gastados y botas endurecidas por el uso. Y todos, absolutamente todos, levantan la cabeza hacia mí en cuanto cierro la puerta del coche.

Sus miradas son rápidas, inquisitivas, desconfiadas, casi calculadoras.

No las entiendo del todo; no sé si evalúan quién soy, si intentan recordar si me han visto antes o si simplemente les sorprende que una mujer llegue aquí vestida como si fuera a una reunión de negocios en Manhattan. Pero lo que sí sé es que ninguno sonríe. Ninguno baja la vista. Ninguno finge indiferencia.

Uno de ellos entrecierra los ojos y escupe al suelo.

Genial. Exactamente lo que necesitaba para empezar mi estancia en el fin del mundo: una audiencia silenciosa que parece cuestionar cada mínima parte de mi existencia.

Trago saliva y cierro el coche, intentando que el sonido de la puerta pueda transmitir más seguridad de la que siento. Mis gafas de sol se resbalan un poco por la nariz debido al viento, y me las ajusto mientras camino lentamente hacia la entrada del porche principal. Cada paso hace que la grava cruja y que las miradas, lejos de disiparse, se vuelvan más intensas.

Uno de los hombres, un tipo enorme con barba de varios días, se detiene en medio de su camino. Aprieta una cuerda entre sus manos y ladea la cabeza para verme mejor. Otro, más joven, con la camisa abierta hasta el pecho, deja de hablar con su compañero y me sigue con los ojos de arriba abajo, sin disimulo. Y, a lo lejos, el hombre de la cerca —ese que me ha visto llegar el primero— sigue ahí. No se mueve. No pestaña. Me observa como si supiera algo que yo desconozco.

Siento un nudo en el estómago.

Quizá no debería haber venido sola. Quizá debería haberle pedido a alguna de mis amigas que me acompañara, porque sé que mi madre se habría negado rotundamente.

Aun así, continúo andando. No voy a darles el gusto de verme titubear.

Los escalones crujen bajo mi peso cuando subo el primero. La madera es vieja, pero sólida. Recuerdo haber corrido por este mismo porche cuando era niña, descalza, con las rodillas llenas de raspones, el pelo enredado, pidiendo a gritos helado después de montar a

caballo. Una memoria cálida que contrasta con la frialdad de este recibimiento.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dice una voz masculina detrás de mí.

Me giro.

No es el hombre de la cerca. Es otro, de unos treinta y tantos años, expresión seria, manos grandes y curtidas. Su camisa está manchada de polvo y sudor, y su mirada es la de alguien que no se deja impresionar por nada ni nadie.

—Soy Charlotte Thompson —respondo, usando mi voz más profesional, como si estuviera presentándome en una de las salas de conferencias de la oficina en la que trabajo—. La hija de David Thompson.

El hombre parpadea una vez. Solo una.

Y, de repente, lo que estaba escrito en todos esos rostros de alrededor cobra sentido.

Reconocimiento. Y no del bueno.

—Ya veo —dice, y baja la mirada hacia mi bolso como si eso confirmara todas las sospechas del universo.

—He venido por... —me aclaro la garganta— por el rancho. Voy a revisar los papeles, organizar algunas cosas y...

—... venderlo —termina él por mí.

Será descarado..., pienso mientras noto cómo mi rostro arde al sonrojarme.

Se me oprime la mandíbula. No me gusta que me completen las frases, y menos cuando no saben si tienen razón o no.

—Voy a hacer lo que considere oportuno —contesto, manteniendo el tono firme.

Él asiente, aunque no parece convencido. Durante un segundo creo que va a decir algo más, pero sus ojos se desplazan hacia alguien detrás de mí. Y entonces lo siento. Una presencia. Un cosquilleo extraño en la nuca.

Me giro despacio.

Ahí está. Más cerca que antes. El hombre de la cerca camina hacia nosotros, con pasos lentos, seguros, como si cada movimiento estuviera calculado. Su mirada sigue fija en mí, intensa, sin apartarse ni un ápice.

Y no es amable.

Al acercarse, puedo verle mejor: pelo oscuro que el viento no logra despeinar del todo, mandíbula firme, piel tostada por el sol, camisa remangada que deja ver antebrazos fuertes. Sus botas golpean la madera del porche con un sonido pesado, autoritario. Y cuando se detiene frente a mí, el mundo parece comprimirse de golpe.

—Debes de ser la hija de David —dice, con una voz grave que podría partir rocas si quisiera.

Asiento, incapaz de apartar la mirada. No por atracción —bueno, quizá un poco—, sino porque hay algo en él que impone. Algo que me dice que este hombre no se anda con rodeos, ni con delicadezas ni con intenciones ocultas. Es directo. Cruelmente sincero.

—Sí. Charlotte. Charlie para algunos —respondo, y trago saliva para que mi voz no suene tan débil como me siento.

Él no sonríe. Tampoco frunce el ceño. Simplemente me observa, como si estuviera decidiendo algo sobre mí. Algo importante.

—Bien —dice al final—. Yo soy Wade. Encargado del rancho.

Encargado. Ahora lo entiendo. La mano derecha de mi padre. Es el que ha estado aquí mientras yo me armaba de valor para venir. El que conoce cada ladrillo, cada caballo, cada rincón. El que, con total seguridad, ha tenido que manejarlo todo mientras mi padre... se marchaba.

Wade entrecierra los ojos apenas un segundo, un gesto mínimo pero claro.

—No esperábamos que vinieras hoy —añade, con un tono que me hace entender que quizá no esperaban que viniera en absoluto.

—Supongo que las sorpresas van en ambas direcciones —respondo para dejarle saber que mi visita no ha sido premeditada, sino más bien a la fuerza. Me he obligado a venir.

Él sostiene mi mirada. No retrocede. No duda. Es como una pared construida con roca y terquedad.

Los demás vaqueros siguen mirándonos. El viento sopla otra vez y mueve algunos de los mechones que se han escapado de mi moño. Y entiendo, con una claridad heladora, que este lugar no va a ser un simple trámite.

Va a retarme.

Va a confrontarme.

Va a obligarme a enfrentar cosas que he pretendido enterrar durante años.

Pero también entiendo otra cosa.

Que Wade no piensa facilitarme nada.

Ni un saludo cálido.

Ni una bienvenida amable.

Ni un solo gesto que me haga sentir que tengo derecho a estar aquí.

Y eso... me enciende algo por dentro. Algo que creía apagado.

—Bueno —digo, y doy un paso hacia él—. ¿Me enseñarás la casa y me ayudarás a bajar las maletas? A menos, claro, que la educación y los valores de los vaqueros de Wyoming funcionen de otra manera.

Por primera vez, muy sutil, casi imperceptible, Wade eleva una ceja y sus labios se arquean.

Y estoy segura de que es lo más parecido a una sonrisa que este hombre ha esbozado en toda su vida.

—Aquí solemos llamar a eso sentido común —responde él con una calma irritante—. Y sí, señorita Thompson, sé perfectamente cómo funcionan la educación y los valores. —Su mirada baja lentamente hasta mis tacones y vuelve a subir con descaro, como si estuviera evaluando si voy a sobrevivir diez minutos en este lugar—. Pero también sé cuándo alguien no pertenece a un lugar y desconoce cómo funciona y, aun así, pretende dar órdenes e imponer su liderazgo.

Me quedo helada un segundo. Me niego a admitir que me ha dolido que me haya dicho que no pertenezco a este lugar, aunque lleve razón. Porque, hace años, cuando había sido una niña, había sentido cada esquina como si fuera mía.

Y... ¿órdenes? ¿Liderazgo?

¿Perdona?

—No estoy dando órdenes —replico. Mi voz se vuelve más firme de lo que esperaba—. Estoy pidiendo algo lógico. No creo que sea tan difícil de entender.

Él inclina un poco la cabeza, como si aceptara mi respuesta pero no la creyera del todo. Creo que piensa que no soy clara, que mis palabras esconden algo.

Su presencia es... imponente. No ruda sin motivo, sino más bien la de alguien que está acostumbrado a que se le escuche. A que todo el mundo siga su ritmo. No al revés.

Sé que los dos vamos a chocar. Ninguno de los dos está dispuesto a ceder, mucho menos a someterse al otro.

—Bien —dice finalmente—. Te enseñaré la casa. —Hace una pausa tan larga que casi puedo oír cómo el silencio se estira entre nosotros—. Las maletas... Les diré a dos chicos que se ocupen de ellas.

Wade no espera mi respuesta. Se gira con un movimiento seco y baja del porche, directo hacia el coche. Luego silba y un vaquero se le acerca.

Yo lo sigo, con las uñas clavadas en el asa de mi bolso ante mi nerviosismo y concentrada en cada paso que doy para no caerme con los tacones. Cada paso que me confirma que este no es mi territorio. Todavía no.

Wade llega al maletero y lo abre como si fuera suyo. Ni me mira ni me pide permiso.

—¿Cuántas semanas has dicho que te vas a quedar? —pregunta mientras toma la primera maleta, una que con suerte pesa la mitad que él.

—No lo he dicho —respondo, y me ajusto las gafas—. Depende de lo que tarde en poner todo en orden.

—Mmm... —Cierra el maletero con el codo y acomoda una maleta en su hombro. El otro vaquero lleva dos maletas más pequeñas—. Preveo una estancia muy corta para tantas maletas.

Le lanzo una mirada cortante.

—He dicho que...

—Ya te he oído —dice con voz tranquila, avanzando hacia la casa sin girarse—. Pero tengo mucha práctica viendo a gente que viene del este poner cara de terror ante un poco de polvo y salir corriendo al segundo día.

Me paro en seco. ¿En serio acaba de decir eso?

—Qué curioso —susurro—. Para ser una persona con mucha experiencia, te dejas llevar bastante por las apariencias.

Me mira por encima del hombro, y durante un segundo creo que lo he visto sonreír por segunda vez. No una sonrisa amable, no. Es una sonrisa de esas que te desafían.

Aprieto los puños.

No sé si quiero gritarle o empujarlo al primer montón de heno que vea.

Subo el porche detrás de él y, aunque intento mantener la compostura, siento las miradas de todos los trabajadores clavadas en

mi espalda. Ninguno dice nada, pero puedo imaginar sus pensamientos como si fueran voces.

«La forastera».

«La señorita de ciudad».

«La niña pija, hija del patrón, que no tiene ni idea de la vida de campo».

Wade abre la puerta principal y se aparta, dejando espacio para que pase.

—Bienvenida al rancho Thompson —dice, sin rastro de calidez—. O al menos... lo que queda de él.

Mi corazón da un vuelco inesperado. No por sus palabras, sino por cómo las dice. Como si doliera, como si hubiese cambiado mucho. Como si algo aquí se hubiera roto mucho antes de que yo llegara.

Levanto la barbilla, me enderezo y entro sin vacilar, aunque por dentro siento una mezcla confusa de nostalgia, miedo y orgullo.

—Gracias —digo sin mirarlo—. Intentaré molestaros lo menos posible... por ahora.

Wade resopla por la nariz, divertido y exasperado a la vez.

—Con eso me conformo..., Charlie.

Me ha llamado Charlie.

Mi cuerpo se tensa.

Mi corazón también.

No le he dado permiso para que me llame así, pero ahí está. Ha usado ese nombre, como si yo no fuera su jefa, como si yo fuera un peón más.

Y aun así, de su boca suena suave como el terciopelo. Me recorre un escalofrío de pies a cabeza y noto un calor extenderse por mi cuerpo.

Lo miro por encima del hombro, desafiante, sin permitirle ver que me ha sorprendido.

—No te tomes tantas libertades—murmuro.

Wade pasa por mi lado en dirección a la puerta. No me roza, pero su olor masculino llega hasta mis fosas nasales. Huele a hombre, a campo y a cuero.

—Sí, señora. Si necesita algo, puede llamarme a mí o a otro de los chicos —dice con naturalidad, como si yo fuera una jefa caprichosa recién llegada de la ciudad.

Lo observo avanzar, tan tranquilo, tan seguro de sí mismo, tan... irritantemente sereno.

Ni una explicación, ni una mínima corte de bienvenida, ni un *mísero por aquí se entra o por aquí está el baño...* para orientarme. Nada.

Perfecto.

Absolutamente perfecto.

Me quedo unos segundos en el umbral sin saber hacia dónde mirar primero. La casa es grande, imponente, con pasillos que se abren en distintas direcciones, escaleras de madera que crujen a lo lejos y ventanas que dejan entrar la luz como si fuera un interrogatorio. Todo me resulta familiar..., pero también extraño. Como un recuerdo que no encaja del todo.

Wade sigue caminando y se detiene lo justo para echarme un vistazo por encima del hombro.

—¿Algo más, señora Thompson?

Su tono es respetuoso, sí, pero hay algo que me hace saber que no ha enterrado el hacha de guerra. Algo que me dice que, para él, esto va a ser un espectáculo digno de ver.

Aprieto los labios.

—No. Nada más. Puedes volver a tu trabajo.

Él asiente, breve, casi indiferente, y se marcha por donde ha venido.

Me quedo sola en la entrada, con mis tacones cubiertos de polvo y un nudo en el estómago que no esperaba sentir.

Y pienso, con absoluta claridad y resignación, que esto va a ser duro. Más duro de lo que había imaginado en Nueva York. Y, para colmo, el único que podría orientarme ni siquiera se ha molestado en decirme por dónde puedo empezar a organizar el rancho.

Inspiro hondo.

Tres semanas. Solo tres semanas. Puedo con esto. Me he enfrentado a situaciones peores, a jefes que intentan colar la mano por debajo de tu falda para tocarte en medio de una reunión, a compañeros que no dudan en desprestigiarte para ganarse el favor de los peces gordos. Puedo con esto.

O al menos... eso quiero creer.



2

UNA CHICA DE CIUDAD

WADE

El chirrido de la puerta al cerrarse tras ella se queda suspendido en el aire unos segundos. Charlotte. Así que ese es su nombre. Le pega. Es el típico nombre de mujer pija de ciudad. Con sus tacones de... ¿cinco pulgadas?, su bolso de marca, la falda de tubo y unas gafas de sol que no paraban de deslizarse por su nariz.

Contengo una sonrisa al recordarlo.

Su voz aún resuena en mis oídos, fina, firme, esa mezcla rara entre desafío y miedo que solo tienen los que vienen del este creyéndose más listos por venir de una ciudad, como si los que vivimos en el campo fuésemos unos trogloditas sacados de una cueva.

Charlotte ya está dentro. Ya no es mi problema..., en teoría.

Me ajusto el sombrero e inspiro hondo antes de caminar hacia la parte trasera de la nave. El aire frío de Wyoming me golpea en la cara, arrastrando consigo el olor del polvo, del heno y del cuero húmedo. Es un olor que la chica de ciudad va a tardar en entender. Si es que llega a entender algo antes de salir corriendo de aquí...

Porque lo hará. Todos lo hacen.

—¿Así que ya ha llegado? —escucho a mi espalda.

Es Tyler, y está apoyado en la valla, con los brazos cruzados y la mirada clavada en mí como si quisiera leerme el pensamiento. El chico es buen trabajador, pero demasiado curioso.

—Sí —respondo, sin detenerme.

—Y... ¿qué tal?

—Respira. Camina. Habla. Ya veremos si sabe hacer algo más.

Tyler se ríe.

—Se rumorea que viene a revisar cosas del rancho —comenta, siguiéndome el paso—. Que puede que quiera cambiar cosas. —Hace una pausa dramática—. O vender el rancho.

—Se dicen muchas cosas —gruño en señal de advertencia, porque no pienso entrar en ese juego.

Pero, claro, en cuanto dejo escapar la última palabra, aparecen otros dos cowboys, como buitres cuando huelen algo que comer.

Tristan, con su sombrero torcido y una sonrisa que siempre da problemas.

Jensen, callado, pero con los ojos brillando como si la llegada de Charlotte fuese el entretenimiento del mes, que probablemente lo sea.

—¿Cómo es? —pregunta Tristan sin rodeos—. ¿Delicada? ¿De esas que no han pisado tierra sin asfalto en su vida?

Me detengo y los miro a todos. Eso es lo que quieren: morbo, comentarios, drama. Pero no pienso complacerlos. Me niego a perder parte de mis horas de trabajo en chismes.

—Es la hija del patrón —respondo con voz firme—. Y mientras esté aquí debéis respetarla. Eso es todo lo que tenéis que saber.

Tristan arquea una ceja.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No tiene por qué hacerlo.

Sigo caminando. Si me detengo demasiado, me van a sacar palabras que no quiero pronunciar. Palabras como «preciosa», «elegante» o «malditamente irritante», porque lo que me ha provocado al plantarse frente a mí con esos tacones imposibles no tiene nombre.

Jensen me sigue a unos pasos.

—He oído que viene de Nueva York —dice, en voz baja, como si fuera un secreto.

—Eso dice ella.

—¿Y qué hace aquí? —pregunta Tyler, inquieto—. ¿Por qué volver después de tantos años?

Clavo las manos en el cinturón para no demostrar que me tiemblan. Me siento inseguro. Desconozco cuáles son los planes de la hija de David Thompson, pero estoy seguro de que no son buenos. Ella querrá deshacerse cuanto antes del rancho, y estará dispuesta a venderlo también cuanto antes. La pregunta es en qué manos caerá.

Si David Thompson estuviera vivo, no permitiría que nadie se quedara con sus tierras.

—Eso tendréis que preguntárselo a ella —contesto—. Yo tengo trabajo.

Ellos no parecen escucharme. Me siguen, hablan sin parar como niños asustados que no saben qué está sucediendo. Pienso en lo surrealista que es esto: no tienen miedo de enfrentarse a caballos salvajes y a reses pero temen a una chica pija de ciudad.

Quieren saber qué voy a hacer, si pienso hablar con ella para saber qué pasará con nosotros, si la llegada de Charlotte supone el fin del rancho Thompson.

Mientras me acerco al establo, escucho el sonido de los caballos, tranquilos, ajenos a todo el revuelo. Abro la puerta y entro en la penumbra cálida del interior, donde el olor a paja seca y a animales me envuelve como un refugio conocido. Aquí sí puedo respirar.

Empiezo a revisar las monturas y las cinchas, cualquier cosa para mantener las manos ocupadas y los pensamientos lejos de ella. Pero es inútil. La imagen de Charlotte cruzando la entrada del rancho sigue clavada en mi mente: con la barbilla alta y los labios apretados en un mohín. Orgullosa, desafiante y un poco soberbia.

Siempre he odiado a la gente que actúa de esa forma, que llegan a un sitio nuevo y, en vez de escuchar y preguntar, se mueven como si supiese cómo funciona todo.

Y sin embargo...

Aprieto la mandíbula. No. No pienso ir por ese camino.

—Wade —dice una voz desde la puerta.

Es Jensen.

—¿Qué quieres? —pregunto sin girarme.

—No sé si es buen momento, pero... —duda—. Los chicos hablan, Wade. Tienen miedo de que ella quiera cambiar las cosas. Se preguntan qué va a pasar.

—Que hablen lo que quieran —respondo, recolocando la montura en un gesto nervioso—. Nosotros seguiremos haciendo nuestro trabajo.

—¿Piensas hablar con ella? Nos merecemos saber algo —añade con suavidad, como si temiera empujar demasiado.

Me doy la vuelta despacio. Jensen da un paso atrás.

—Hablaré con ella —le prometo.

Él asiente y se marcha, dejando la puerta entreabierta. Un rayo de luz se cuela entre la sombra y me ciega un instante.

Inspiro hondo.

Joder, ¿a quién quiero engañar? Claro que estoy preocupado. Charlotte no tiene idea de lo que significa este lugar. De lo que significó para su padre. De lo que significa aún para todos nosotros. Somos una gran familia. Nuestra vida está aquí, en el rancho, con los caballos, las reses y el legado de David Thompson.

Ella no estaba cuando su padre se levantaba dos horas antes del amanecer para revisar los campos. No estaba cuando las tormentas nos obligaban a pasar la noche entera moviendo al ganado de un lado a otro. No estaba cuando él, enfermo, apenas podía caminar, pero aun así venía a supervisar que todo siguiera en pie.

Charlotte había abandonado a su padre. Nunca se había interesado por él.

Eso es lo único que importa. Es la única verdad.

Y ahora regresa, como si pudiera reclamar algo solo porque le pertenece por apellido.

Maldita burocracia. Malditos papeles. David Thompson se revolvería en su tumba si supiese que otro compraría sus tierras.

Me obligo a respirar hondo, pero de repente viene a mi mente esa voz femenina. Su expresión cuando me desafió con ese comentario en la entrada, la forma en que intentó ocultar su nerviosismo recolocándose las gafas de sol.

Su perfume caro y suave no pega en absoluto en este lugar. Nada de ella encaja aquí.

Sacudo la cabeza. Esto va a ser un desastre. Debo hablar con ella cuanto antes. Los chicos necesitan saber qué va a pasar con ellos. Yo también necesito saber si debo buscar otro rancho cuanto antes.

Salgo del establo y me dirijo al corral. Tyler y Tristan están moviendo pacas de heno, pero al verme se enderezan y se miran el uno al otro. Aún quieren hablar del tema. Es como si mi silencio alimentara su curiosidad.

—¿Crees que va a quedarse mucho tiempo? —pregunta Tyler, siempre el más directo.

—Ni idea —respondo.

—Si se queda... —murmura Tristan, jugando con una brizna de paja entre los dientes—. El rancho cambiará.

—Todos los lugares cambian —digo con la mirada clavada en las yeguas que están pastando en el prado—. No significa que vaya a ser peor.

Tristan me mira raro, como si esperara que yo, de todos, dijera lo contrario.

—Pensaba que no te gustaba la idea —dice.

—No me gusta la incertidumbre. No me gustan los cambios sin dirección. Y no me gusta la gente que aparece de la nada creyendo que sabe más que los que nos hemos criado aquí, con este estilo de vida.

Los dos se quedan callados. Sé que están de acuerdo conmigo.

—Pero tampoco me gusta juzgar antes de tiempo —añado, aunque las palabras me sepan a mentira. La he prejuzgado; de hecho, se lo he hecho saber a ella.

Porque claro que la estoy juzgando.

La juzgué desde el segundo en que bajó de ese coche con sus tacones, su maleta elegante y esa mirada que intenta fingir que no está asustada.

Ella piensa que esto será un juego, que podrá entrar, revisar un par de cosas y marcharse de vuelta a la ciudad mientras los demás nos quedamos viendo cómo nuestro hogar desaparece.

Pues no.

Este rancho no es un hotel rural de fin de semana. Es sudor, trabajo y sacrificio. Es gente que se ha dejado la espalda y la vida entera aquí.

Y ella no tiene ni idea.

Cuando termino de asegurar el portón, me recuesto en la valla y miro hacia la casa. Las ventanas brillan por el reflejo del sol. Desde aquí no la veo, pero sé que está dentro. Tal vez explorando el interior, tal vez deshaciendo la maleta, tal vez preguntándose quién demonios soy yo para hablarle de ese modo.

¿Quién soy yo?

Alguien que trabajó para su padre desde que tenía quince años.

Alguien que vio más lealtad en este lugar que ella en toda su vida.

Alguien que lloró a ese hombre en silencio cuando su vida se apagó, como muchos otros aquí.

Y sí, alguien que siente un tirón incómodo —y muy doloroso— en el pecho cuando piensa en el que fue una figura paternal durante muchos años.

Me aparto de la valla con brusquedad cuando mi cabeza se llena de pensamientos que solo me hacen sentir inseguro sobre mi futuro y el de mis compañeros.

No voy a permitir que esa mujer ponga este rancho patas arriba. No voy a permitir que mi cabeza se llene de ideas que no deberían existir.

Tengo trabajo que hacer. Debo pensar qué quiero hacer, si voy a recoger mis cosas para buscar otro rancho o... o... ¿o qué?

Pienso en Charlotte.

Ella no tiene ni idea de la tormenta en la que se acaba de meter.

—Vamos, muchachos —digo, enderezándome—. Todavía queda un día largo.

Pero mientras camino hacia el establo, no puedo evitar que una sola idea, pequeña pero insistente, vuelva a colarse entre mis pensamientos:

Esto va a ser duro. Muy duro.

